

todo, y para este caso único deseaba negociar formalmente. Mr. de Caulaincourt, objeto de tales ilusiones, no participaba de ellas. Este excelente ciudadano, de talento profundamente juicioso, tenía la rara virtud de exponerse por decir la verdad á caer en desagrado, gustándole agrandar sobremanera, y siendo de esta suerte el modelo nada común del cortesano honrado, para quien nada son los favores de corte, ni aun los más apetecidos, cuando se trata de ahorrar al príncipe una falta y al país una desventura. Por esto dijo á Napoleón que no era de esperar una especie de paz astuta, emanada de la defección de unos respecto de otros, en el estado de fuerte cohesión á que habían llegado los diversos gabinetes; que Rusia no se dejaría separar de Austria; que de nada serviría el favor de que había gozado personalmente cerca del emperador Alejandro; que las concesiones solicitadas por el Austria ofrecían el único medio de llegar á una paz honrosa; que esta paz era indispensable; que suplicaba que no se le enviase á Praga con las manos atadas, para experimentar allí el dolor de ver pasar estérilmente por delante la ocasión de servir y salvar á su patria. Hasta llegó á declarar que sin una latitud suficiente no aceptaría la misión para que estaba destinado. Napoleón, que necesitaba del nombre de Mr. de Caulaincourt para encubrir con el respeto que infundía el tal nombre una negociación simulada, le prometió poderes amplios, y contando el negociador ilustre con esta promesa, se sometió á la voluntad de su soberano.

Estas dos elecciones, aprobadas universalmente, produjeron en Praga una impresión que atenuaba hasta cierto punto el mal efecto de nuestras eternas moratorias. Aun cuando ya fuera el 16 de julio, y no quedaran más que treinta días para los tratos, aún se podía salvar todo, cuando un fatal incidente vino á suministrar á Napoleón el pretexto especioso que buscaba para perder todavía más tiempo. En Neumarck había representantes de las diversas partes beligerantes, reunidos en comisión permanente, para el arreglo cotidiano de lo tocante á la ejecución del armisticio. Cuando el comisionado francés les comunicó el último convenio que lo prorrogaba hasta el 10 de agosto, con un plazo de seis días entre la renuncia del armisticio y la renovación de las hostilidades, lo cual fijaba para el 17 la desgraciada continuación de esta guerra, se hicieron de nuevas los comisionados ruso y prusiano y aparecieron como sorprendidos de lo que se establecía. Después de consultar al cuartel general de los aliados, recibieron del comandante en jefe Barclay de Tolly la confirmación del convenio, al par que la declaración de que las hostilidades volverían á empezar el 10 y no el 17 de agosto. Semejante declaración era tan extraña como imprevista. Según el verdadero sentido del convenio, no se podía denunciar el armisticio antes del 10 de agosto; si efectivamente se denunciaba este día, aún debía transcurrir á tenor del primer convenio y de todas las reglas un plazo cualquiera entre el aviso de la vuelta á las hostilidades y su ruptura. Este plazo, de seis días en el primer convenio, debía subsistir de derecho para el segundo. La costumbre, la intención de los primeros contratantes, el texto, todo concurría á hacer esta interpretación incontestable. Pero véase lo que produjo el engaño, que iba á suministrar á Napoleón

tan funestos subterfugios. Los soberanos de Rusia y Prusia se hallaban rodeados de espíritus fogosos hasta el extremo de costarles mucho que se acomodasen al primer armisticio, aunque les fuera muy necesario. No pudieron negar á las instancias de Mr. de Metternich el segundo; no obstante, al consentir en que se llevara á efecto, apenas se atrevían á confesarlo, y al partir el emperador Alejandro para Trachenberg, donde se debía celebrar una conferencia entre los jefes de la coalición, dijo al general Barclay de Tolly en globo que había consentido en una prórroga del armisticio hasta el 10 de agosto, pero que no concedería un día más siquiera. Al expresarse de este modo y generalmente, no se refirió más que al término principal el emperador Alejandro, sin pensamiento de excluir el de seis días, fijado de derecho entre el anuncio y la ruptura de las hostilidades. Pero llevando Barclay de Tolly hasta el exceso la exactitud y la observancia de las formas, no cedió á manifestación ninguna, y declaró que no quería tomar sobre sí la solución de esta dificultad sin dar cuenta al emperador Alejandro.

Al llegar á oídos de Napoleón esta singular disputa, sintió disgusto por de pronto, dudando si sería formal y si se trataría de quitarle estos siete días en que tenía tanto empeño, pues con la actividad que estaba desplegando, cada hora transcurrida le producía resultados de trascendencia. Pero reflexionando y haciendo memoria de sus debates con Mr. de Metternich y de los cálculos de tiempo que formaron juntos, no pudo conservar la más leve duda sobre la interpretación del segundo convenio, y lejos de inquietarse del incidente, determinó aprovecharlo y sacar de aquí un nuevo pretexto, plausible á todas luces, para perder aún algunos días. Al punto hizo que Mr. de Narbonne declarara en Praga que, habiéndose suscitado en Neumarck un extraño incidente, disputándose acerca de la inteligencia del convenio, por cuya virtud se iban á reunir y á entrar en tratos, no era propio de su decoro ni de su seguridad negociar con gentes que así entendían sus compromisos, y que antes de mandar partir á Mr. de Caulaincourt quería una explicación categórica sobre lo que el general Barclay de Tolly había dicho recientemente. Estando ya en Praga Mr. de Narbonne, uno de los plenipotenciarios franceses, se hallaban satisfechos á sus ojos los deberes de la cortesía, y podía muy bien el segundo plenipotenciario francés no partir hasta lograr la explicación pedida, y de modo que fuera plenamente satisfactoria.

Cuando un despacho partido el 17 de julio de Dresde dió á conocer esta nueva dificultad el 18 en Praga, experimentóse allí una impresión naturalísima y muy viva. Los dos plenipotenciarios ruso y prusiano aparentaron estar irritados y aun ofendidos mucho más de lo que lo estaban de veras. Pero Mr. de Metternich mostróse consternado, y el emperador Francisco hondamente herido. Uno y otro deseaban la paz, tal como la hemos defendido, aunque el emperador creyese en ella menos que el ministro, y cada eventualidad desvanecida les causaba sincera pesadumbre. Además tenían por humillante el papel que se les hacía representar de esta manera. Se reían de ellos los enemigos de su política mediadora, y se deleitaban en decir que por premio de sus esfuerzos pacíficos no les enviaría Napoleón ni un

representante, y que los inventores del congreso de Praga, llejos de llevarlo á buen desenlace, ni aun lograrían reunirlo. Este fatal pronóstico de los adictos á la guerra parecía próximo á realizarse, pues, y bajo el fútil pretexto de que la ratificación del convenio se había comunicado oficiosamente y no oficialmente, ya había perdido Napoleón cinco ó seis días; ahora, bajo el pretexto no menos frívolo de que los comisionados de Neumarck, simples agentes de ejecución y sin autoridad moral alguna, suscitaban una dificultad de interpretación sobre un texto que les era desconocido, se iban á perder más días de nuevo. Y cuando sólo se tenían veinte adelante, ó veintisiete con el término disputado, parecía un juego patente y ofensivo sacrificar cinco ó seis á cada coyuntura. Por otra parte, no era la pérdida de tiempo lo más grave, pues queriendo entenderse de veras, había bastante con dos días, aunque no faltasen más para la expiración del plazo; lo más grave consistía en la disposición que revelaba en Napoleón esta conducta. Burlándose de sus adversarios y del mediador de tal modo, no deseaba la paz evidentemente, y después de ganar el tiempo con tanto ardor deseado y de emplearlo tan á maravilla, ni aun se tomaba el trabajo de disimular hasta qué punto se mofaba de las víctimas de su engaño. Tal era el lenguaje, fundadísimo por desgracia, que los parciales de la guerra usaban en todas partes, esmerándose en hacerle ofensivo y amargo para el emperador Francisco y su ministro.

Mr. de Metternich vió á Mr. de Narbonne, y mostrósele hondamente afligido, explicándose de este modo: «La nueva dificultad que acabáis de suscitar no es más formal que la precedente. Amistosamente os anunciamos la ratificación expresa del convenio por cuya virtud se prorrogaba el armisticio hasta el 19 de agosto: no podíais por tanto dudar de la exactitud del hecho, y esta no era una razón para dilatar el nombramiento y el envío de vuestros plenipotenciarios, cuando debían estar aquí el día 12 y llegaron el 11 los de las otras partes beligerantes. Hoy los comisionados de Neumarck, que no son nada, que participan de todas las pasiones de los estados mayores, pretenden interpretar un texto que les es desconocido, y fingís tomar la cosa en serio hasta el punto de presentaros llenos de alarma, que, á decir verdad, no puede ser muy sincera. ¿Creéis por ventura que, á pesar nuestro y por consiguiente sin nosotros, se quería volver á las hostilidades? ¿Lo creéis de veras? No, ciertamente. ¿Pues entonces, de qué se trata? De una dificultad insignificante, de que pudierais hacer asunto de nuestra entrevista en la primera reunión de los plenipotenciarios, y sobre la cual tuvierais el dictamen favorable de los dos plenipotenciarios prusiano y ruso, y en todo caso la opinión decisiva del mediador que conocíais de antemano. No valía esto la pena de perder más días, cuando apenas quedan veinte de hoy al 10 de agosto. En semejante conducta no podemos ver más que una cosa, y es el deseo del emperador Napoleón de llevarnos de este modo, sin hacer nada, hasta el término del armisticio.

»Pero que no se engañe, pues no logrará que se prorogue un día más la suspensión de armas. Por las dificultades que encontraréis en Neumarck podéis inferir las que nosotros hemos tenido que vencer para alcanzar la prórroga primera; estad seguros de que no obtendréis

la segunda. No se forje el emperador Napoleón ilusiones sobre una cosa todavía más importante. Llegado el término del 10 de agosto, ya no habrá que hablar de paz ni una palabra, y será declarada la guerra. No se lisonjee de que hemos de permanecer neutrales. Después de emplear todos los medios imaginables para atraerle á razonables condiciones, que conoce perfectamente, que le dimos á conocer desde el primer día, sobre las cuales no hemos podido variar nada, porque constituyen el único estado tolerable para Europa, si las desecha, no nos queda otro arbitrio que el de declararnos beligerantes. Si permaneciéramos neutrales, como lo desea en el fondo, no dudamos de que serían batidos los aliados, y tras de su turno vendría el nuestro y lo tendríamos bien merecido. No incurriremos, pues, en tal falta. Lo que es hoy, digáseos lo que se os diga, somos libres. Os empeño mi palabra y la de mi soberano, no tenemos compromisos con nadie; pero también os afirmo que el 10 de agosto á media noche los tendremos con todo el mundo, excepto con vosotros, y que tendréis encima á trescientos mil austriacos más desde el 12 por la mañana. No ha tomado esta resolución mi soberano á la ligera ni sin pesadumbre, pues es padre y ama á su hija; pero se halla obligado respecto de su pueblo, de sí mismo y de Europa, á consolidar una situación permanente, ya que tiene medios de conseguirlo, y más cuando por otra parte no le quedaría más alternativa que la de caer algunos días después bajo vuestros golpes y en una dependencia peor que aquella en que pusisteis á Prusia. Ya sabemos los riesgos que se corren al querer pelear en vuestra contra, aun siendo numerosos los combatientes, si el emperador Napoleón se halla á la cabeza de los ejércitos franceses; pero, tras de maduras reflexiones, preferimos estos riesgos á la deshonra y la servidumbre. Por consiguiente, no se nos venga á decir después del suceso que os hemos engañado. Todo es posible hasta el 10 de agosto á media noche, y aun á última hora; pasado el 10 de agosto, ni un día, ni un instante de respiro; la guerra, la guerra con todo el mundo, y hasta con nosotros.» Bajo la impresión de este lenguaje reposado, triste y grande, dijo Mr. de Narbonne á Mr. de Metternich: «¡Conque ni un instante de respiro, aun cuando la negociación esté comenzada!» «Sólo en el caso, repuso el ministro de Austria, de que las bases de la paz se encuentren admitidas del todo y no falte más que arreglar los pormenores.»

Mr. de Narbonne, que había valorado esta situación perfectamente, y veía á las claras que ya era imposible jugar con el tiempo ni con los hombres; que procediendo así no se engañaría á nadie, sino á sí propio, escribió á Mr. de Basano que había que decidirse á la guerra, á la guerra segura y universal con Europa, ó que de no abrazar este partido, si se deseaba la paz, salvas las modificaciones que pudieran introducirse en lo solicitado, había que negociar formalmente, y aún no darse aires de hacer burla de aquellos con quienes se estaba tratando, siquiera no se tirase á otra cosa que á una prórroga del armisticio. De consiguiente, pedía que se hiciera partir á Mr. de Caulaincourt, porque los plenipotenciarios prusiano y ruso amenazaban todos los días con retirarse, para lo cual tenían derecho, pues ya era el 20 de julio y se hallaban esperando desde el 12, y que todo quedaría concluido si dejaban á Praga. Ape-



nas se lograría entonces que la buena fe de los coligados respetara el armisticio hasta el 17 de agosto, y si se lograba, sólo se debería á la prudencia y á la moderación de Austria.

No afectaron mucho á Mr. de Basano, y menos todavía á Napoleón, estos consejos tan juiciosos y dictados por el exacto conocimiento de las cosas. Sin embargo, aunque decidido Napoleón á la guerra más bien que á las condiciones llevadas por Mr. de Bubna, aun lisonjeándose de que con sus nuevos aprestos batiría á los coligados, por más que se contara entre ellos Austria, no era indiferente á la esperanza de una nueva prórroga del armisticio, y á fuerza de desearla, se forjaba la extraña ilusión de que tal vez la conseguiría.

A la verdad dudaba de inducir á esta prórroga á Rusia y Prusia, animadas como parecían estarlo; pero le quedaba una combinación mejor que la de retardar las hostilidades con todas las potencias, y consistía en dejar que empezasen con Rusia y Prusia, y en diferirlas algunos días más con el Austria sola, lo cual le daría espacio para abrumar á las dos primeras, dejando para después lo de echarse encima del Austria, á la que llegaría su turno, según Mr. de Metternich había dicho perfectamente. Para lograrlo tenía el medio de abrir la negociación cuando estuviese próximo á expirar el armisticio, de manera de inspirar algunas esperanzas á Mr. de Metternich y al emperador Francisco, de obtener que mientras se peleaba se prosiguiera negociando, cosa posible y vista en varias ocasiones, y que probablemente retardaría la entrada en acción del Austria, pues mientras hubiera verosimilitud de que fueran aceptadas estas condiciones, la había también de que Austria no se quisiera poner en guerra con Francia. Así su pensamiento actual se cifraba en llegar, no á una suspensión de armas que detuviera el brazo de todo el mundo, sino á una negociación continuada que detuviera algunos días más el brazo del Austria. Pero para esto convenía hacer algo, y Napoleón, á pesar de la duda subsistente en Neumarckt, y que para él no lo era, dispuso expedir á Mr. de Narbonne sus poderes y sus instrucciones, que se habían retenido hasta ahora, con la facultad otorgada á los plenipotenciarios franceses de tratar el uno en ausencia del otro. Ya no había fundamento para decir que la negociación estaba suspendida, puesto que Mr. de Narbonne podía entablarla por sí solo y hasta conducirla á remate. No obstante, aunque se apreciara el mérito de Mr. de Narbonne en Austria y en Europa, se reputaba al duque de Vicencio, Mr. de Caulaincourt, como al único iniciado en el pensamiento de Napoleón, y así, mientras no llegara á Praga, se creía generalmente que la negociación no se debía tomar en serio. Sobre este punto hizo repetir Napoleón que enviaría al duque de Vicencio tan luego como el enigma de Neumarckt quedara descifrado; y á fin de aparentar un motivo especioso para dar tanta importancia á este asunto, mandó que se escribiera á Mr. de Metternich que, comunicándose por conducto de los comisionados de Neumarckt con las plazas de Custrin, de Stettin y de Dantzick, tanto para las correspondencias como para los comestibles, necesitaba de una explicación positiva y terminante, y sólo para asegurarse de obtenerla retardaba la partida del duque de Vicencio.

Aspirando Mr. de Basano de continuo á amoldarse á los deseos de su soberano y á imitar su culpable aunque heroica indiferencia en el seno de los peligros, escribía á Mr. de Narbonne lo siguiente: «Os envío más poderes que poder; tendréis las manos atadas, pero las piernas y la boca libres para pasearos y para comer.» ¡Con este tono hablaba el ministro del imperio francés en el instante supremo en que se decidía para siempre sobre la suerte de su soberano y de su patria!

Tras de dedicarse á este juego de palabras, Mr. de Basano permitía á Mr. de Narbonne que procediera al canje de sus poderes, si bien ateniéndose al método de negociar sobre lo que ya se había insistido. Por tanto debía ofrecer el canje de los poderes en una conferencia común, y cumplida esta formalidad, proponer la discusión de las materias en las conferencias á que asistiesen todos los plenipotenciarios, á la vista del mediador, que de este modo sería testigo, y parte de las negociaciones, pero no su exclusivo conducto. Por último, debía proponer la redacción de protocolos que hicieran constar la autenticidad de las conferencias. Si se zanjaban todas estas cuestiones de forma, que no dejarían de dar largas, tenía Mr. de Narbonne la orden de presentar por primera base de negociación el *uti possidetis*, esto es, la conservación de lo que poseía cada uno en el estado presente de la guerra, cual si no se hubieran consumado los sucesos de 1812 y 1813.

Solamente la cuestión de forma debía absorber mucho tiempo, dado que los coligados habían tomado sobre ella su partido, é insistir en esta materia equivalía á gastar sin fruto no pocos meses, cuando no se tenían más que diez y ocho días delante. Efectivamente, al saber Mr. de Metternich que Mr. de Narbonne había recibido sus poderes, no se consoló más que á medias de la ausencia del duque de Vicencio, sobre todo cuando tuvo noticia de que Mr. de Narbonne quería presentar y canjear sus poderes en una reunión general de los plenipotenciarios, abocándose bajo la presidencia del mediador entre ellos, y no prestándose á aceptarle por conducto único de sus comunicaciones. Según se ha visto, este último punto había adquirido suma importancia desde que Napoleón, al elegir á Mr. de Caulaincourt, insinuó claramente el pensamiento de entenderse de una manera directa con Rusia á costa del Austria. A contar de este instante, Rusia y Prusia, por no ser sospechosas y menos acusadas de entrar en los designios de Napoleón, afectaban tener más empeño que la misma Austria en una forma de negociación que hiciera que por conducto del mediador pasara todo. Así MM. de Humboldt y de Anstett, y con especialidad éste, se apresuraron á entregar á Mr. de Metternich sus poderes, sin quererlos entregar á otro. Tranquilo Mr. de Metternich desde entonces en punto á la negociación directa entre Rusia y Francia, contra la que se quiso asegurar al ir á Praga, se adhirió á los deseos de Francia en esta cuestión de forma, sólo por dar principio á las negociaciones; pero esto no dependía de su voluntad, empenándose Rusia y Prusia en que estuviese más tranquilo de lo que le haría falta. Así no dejó de manifestar á Mr. de Narbonne que de buen grado consentiera en que se efectuara en común el canje de poderes, á no ser porque ya los plenipotenciarios ruso y prusiano le habían presentado directamente los suyos,

y porque de esta suerte se habían legitimado, y de seguro no querían ya volver atrás de lo hecho, aun cuando no fuera más que por amor propio. Les propuso, en efecto, que cedieran sobre este punto, y se negaron á su demanda, y á pesar de las autorizaciones enviadas á Mr. de Narbonne, la negociación no adelantó un paso. Mr. de Metternich expresó de nuevo á Mr. de Narbonne su pesadumbre, repitiéndole que el mal tendría remedio hasta el 10 de agosto á media noche, si bien, llegada esta hora, ya sería irremediable.

Durante estas inútiles idas y venidas, no conservando ya Napoleón la esperanza más leve de la posibilidad de una negociación separada con Rusia, pensaba cuando más en retener al Austria inactiva algunos días después del 17 de agosto, á fin de lograr tiempo de abrumar primeramente á los rusos y á los prusianos, salvo lo de batir posteriormente y á su turno los mismos austriacos, si eran tan poco perspicaces que se prestaran á un cálculo de esta especie. Lo que es en la paz no pensaba de ningún modo, pues á ninguna costa quería abandonar las ciudades anseáticas incorporadas constitucionalmente al imperio, ni renunciar al título de protector de la Confederación del Rin llevado con cierta especie de ostentación hasta entonces, ni reconstituir la Prusia al día siguiente de haberle vuelto las espaldas. Cruelmente le costaba cada uno de estos sacrificios; y sin embargo, aun después de las victorias de Lutzen y Bautzen, era imposible que la terrible catástrofe de 1812 no tuviese algunas consecuencias, si no para Francia, al menos para su persona, y convenía que se resignase á pagar su falta con un disgusto, fuera el que fuera. Tras de tan grandes desventuras debía tener á dicha no ser castigado más que en su orgullo, y no estar obligado á sacrificar ninguna cosa que Francia debiese sentir de veras, pues según hemos expresado y se nos permitirá repetirlo, cuando se le dejaban, además del Rin y los Alpes, la Holanda, el Piamonte, la Toscana y Roma á título de departamentos franceses, la Westfalia, la Lombardía y Nápoles á título de principados de familia, se le otorgaba más de lo que debía desear y de lo que debía poseer Francia. Aquí se presentan algunas reflexiones que ya hemos indicado, si bien es fuerza reproducirlas en el momento decisivo de una manera más completa, para avalorar sanamente las determinaciones de Napoleón. Si se examinan una tras otra sus pretensiones territoriales se reconocerá cuán poco razonable se mostraba al sostenerlas. Hasta Holanda, la menos fuera de razón de todas, no podía ser incorporada moral y materialmente al imperio sino á costa de mucho trabajo. Al segregarse de ella lo que Napoleón tomó al rey Luis en 1810, para castigarle por sus resistencias, es decir, lo que está situado á la izquierda del Wahal, que es el Rin verdadero y constituye la barrera más poderosa, se había adquirido cuanto era deseable bajo el aspecto de las fronteras, quedando siempre la grave dificultad moral de fraccionar un país tan homogéneo como Holanda, y cuyas partes todas están formadas para vivir juntas. Relativamente á la porción de allende el Wahal, que se dilata hasta el Texel y comprende á Gorcum, Nimega, Utrecht, Rotterdam, el Haya, Amsterdam, el Texel, esto es, la grande Holanda, imposible era agregarla á la geografía militar de la Francia; y así Napoleón, en sus más hábiles combinaciones para la

defensa del territorio, jamás pudo hallar la manera de cubrir el Zuiderzee, ni de formar una frontera sólida desde Wésel hasta Groninga. No teniendo para proteger esta parte de Holanda más que la débil línea del Issel, no vió más recurso que ordenar las inundaciones; y á la verdad es, no sólo inhumano, sino impolítico, pensar en poseer un país que no se puede conservar más que anegándolo. Teniendo Napoleón en el Océano la Rochela, Brest, Cherburgo, Amberes y Flesinga, poseía cuanto podía anhelar contra Inglaterra; y los terrenos, medio islas y medio continentes, que se extienden de Nimega á Groninga, de Berg-op-Zoom al Texel, con una raza libre, altiva, sensata, rica, llena de recuerdos bastante gloriosos para quererlos confundir con los de otra nación, merecían que se les dejara independientes entre todas las potencias de Europa, á fin de que prosiguieran siendo la vía más lata y más libre del comercio marítimo. ¿Y por ventura, aun fijándose en el Piamonte, se podía calificar de muy prudente la aspiración de poseer un territorio más allá de los Alpes, esto es, más allá de nuestras fronteras naturales, y que debía enajenarnos para siempre á los italianos, al modo que la posesión de la Lombardía no ha cesado de enajenárselos al Austria, y de valernos odios en vez de influjo, y de escapársenos inevitablemente al primer reinado débil de las manos? Sin embargo, en un sistema de grandeza á la manera de Carlomagno, grandeza que en los tiempos modernos no es más que un puro anacronismo, pues cuando Carlomagno reinaba sobre el continente desde el Elba hasta el Ebro, abarcaba en sus vastos estados á países medio salvajes, que aún no tenían existencia histórica alguna; en tal sistema se puede concebir el aditamento de la Holanda, especie de apéndice marítimo de nuestro territorio como es apéndice continental el Piamonte, útil á quien se propone bajar frecuentemente de los Alpes; mas dentro de este sistema ya falso, ¿qué se había de hacer de Toscana y de Roma? ¿Qué de la Iliria, de Lubeck y de Hamburgo? Esto no era más que un prurito de conquistas insensatas, sin plan y sin límites y sin más duración que la de la vida de un conquistador como Atila ó como Alejandro, para dar margen á su muerte á una división de territorios entre sus generales ó sus vecinos. Bajo tal sistema que, no estribando sobre ningún principio político, no podía tener ningún límite territorial, donde podía hacer entrar todo, salvo no guardar nada, no cabía decir que el imperio de Napoleón fuese verdaderamente menos grande porque no se incluyeran en su territorio Lubeck ó Hamburgo. Napoleón, con estas ciudades ó sin ellas, era tanto como Carlomagno, pues el que además de Bruselas, de Amberes, de Flesinga, de Colonia, de Maguncia, de Estrasburgo, poseía á Amsterdam, Utrecht, el Texel, Turín, Florencia, Roma, sin contar á Cassel, Milán y Nápoles, era tan grande y aun más grande que Carlomagno, de la grandeza fabulosa que tenía razón de ser en el siglo IX y no en el siglo XIX, y que después de su Carlomagno tendría inevitablemente su Luis el Benigno. No se concibe que otorgándose á Napoleón lo principal de esta quimérica grandeza, la comprometiese por Hamburgo, por Lubeck, ó por un vano título como el de protector de la Confederación del Rin. Se comprende que no quisiera ceder, sin duda, si estuviera comprometido el honor de



las armas, pues vale más perder provincias á trueque de salvarlo; pero ya se había conseguido esto en Lutzen y Bautzen, donde las desdichas de nuestros veteranos fueron vengadas por mancebos; á salvo estaba también la verdadera grandeza, y aun la inútil y exagerada; sólo tenía que padecer el orgullo. Triste es decir que Napoleón estaba pronto á sacrificar á este sentimiento personalísimo no solamente la sólida grandeza de la Francia, la que durante la revolución había conquistado sin su ayuda, sino también la grandeza ficticia, fabulosa, que le había agregado con sus insignes proezas. ¡A este sentimiento iba á sacrificar su esposa y hasta su hijo!

No obstante, estas cuestiones agitaban á Napoleón profundamente, y si con la facultad de distraerse en mil trabajos de todas clases, facultad que poseía en el más alto grado, llegaba á mostrar sereno el rostro; si plenísimo de sus vastas y profundas concepciones militares, conseguía adquirir confianza, á veces sentíase turbado y de continuo pensaba en el grave asunto que acaba de ser expuesto. Siempre á la carrera en torno de Dresde; haciendo con su vientre abultado, que empezaba ya á molestarle, excursiones de treinta y cuarenta leguas por día, la mitad de ellas á caballo; yendo á estudiar á lo largo de las fronteras de Bohemia los campos de batalla que muy pronto se debían cubrir de sangre; llevando consigo á sus generales; enviándolos solos á veces para obligarles á estudiar el terreno, le ocupaban la mente las mismas ideas, y ya por el camino, ya de vuelta en la capital de Sajonia, platicaba sobre ellas con los personajes de todas las profesiones que le acompañaban en sus campañas. Absoluto por su poder, era dependiente por su perspicacia de los espíritus que se hallaban en rededor suyo, pues le era imposible ver en todos los semblantes la desaprobación sin experimentar la necesidad de combatirla, de disiparla, de vencerla, y tenía mucho que hacer á menudo. Con efecto, mostrándose todos muy sumisos, muy aplicados á agradarle, el sentimiento del peligro desataba la lengua á los más alentados; y ya que no otra cosa, entristecía á los más tímidos el rostro.

Echando de ver cada uno en la situación lo que según su estado militar ó civil le atañía, revelaba los peligros que le llamaban la atención más particularmente. Los militares, que hallaron superior la posición del Elba cuando sólo tenían que habérselas con los prusianos y los rusos, se espantaban de tener en contra á los austriacos y de hallarse junto al Elba con la posibilidad de que éstos los rebasaran hacia la parte de Bohemia, y de que así estuvieran los enemigos sobre la espalda, entre nosotros y la Turingia. Los políticos veían claramente al Austria, arrastrada por el espíritu público de Alemania y estimulada por su interés propio, muy próxima á imitar á Prusia y á completar así la unión de todos los Estados en nuestra contra; y nos veían reducidos á luchar contra Europa exaltada por el odio con Francia abatida por el cansancio. Así unos y otros opinaban que se admitieran la mediación y sus condiciones, cualesquiera que fuesen éstas, aun suponiéndolas mucho menos ventajosas que lo eran realmente. Sin duda no quisieran admitir á ningún precio la Francia privada de sus fronteras naturales; pero si se les revelara que directa ó indirectamente poseerían á Maguncia, Colonia, Amberes, Flesinga, Amsterdam, el Texel,

Cassel, Turín, Milán, Florencia, Roma, Nápoles, de seguro suplicarían á Napoleón de rodillas que aceptase. Mas se les mantenía en la ignorancia del verdadero estado de las cosas: vagamente se hablaba delante de ellos de sacrificios contrarios al honor, y sin saber cuáles eran de fijo, ya se les alcanzaba que aún era Francia sobrado temida para que se osara ofrecerla menos que sus fronteras naturales, y bajo este supuesto, muy inferior á la realidad, á pesar de todo, preferían sacrificios de amor propio al peligro de una lucha tremenda contra una coalición formada por toda la Europa.

Así los políticos al igual de los militares hablaban de este asunto, ora en los vivaques, ora en las antecámaras de Napoleón, se callaban cuando aparecía, y á veces no se interrumpían más que á medias, para suministrarle coyuntura de anudar la conversación si se dignaba proseguirla con ellos, cosa que no descuidaba de hacer casi nunca. Abundantes respuestas le ocurrían para los militares, pues si tenían razón en señalar el atrevimiento de nuestra situación junto al Elba, donde podíamos ser rebasados á la parte de Bohemia en el caso de una guerra con Austria, se engañaban muchos de ellos al proponerle la línea del Saale, línea muy corta, no incluyendo más que el espacio contenido de Hof á Magdeburgo, fácil de forzar sobre todos los puntos, y expuesta á ser rebasada hacia Baviera como la del Elba hacia Bohemia. Adoptando esta línea pudiéramos ser rechazados hasta el Rhin en ocho días, y fuera inconsecuencia bien extraña la de abandonar en las lides lo que Napoleón se obstinaba en defender temerariamente en las negociaciones. No había medio entre renunciar en seguida á Alemania y asentir á las condiciones de Mr. de Metternich, ó disputarla con las armas como se disputaba diplomáticamente, y no había otro modo de lograrlo más que junto al Elba. Ahora bien: situado en Dresde, teniendo á su derecha á Königsberg, á su izquierda á Torgau, Wittenberg, Magdeburgo, Hamburgo, pudiendo abrumar á los que intentaran rebasarle, como lo hizo en Dresde antes de mucho, aún contaba Napoleón inmensas eventualidades en su apoyo. Verdad es que siempre quedaba el peligro de batirse á tanta distancia del Rhin y contra la Europa entera, y de verse en el aire en medio de la Alemania sublevada si uno de sus lugartenientes se mostraba débil ó torpe en la vasta línea de Königstein á Hamburgo; y siendo esto cierto, se necesitaba de buen juicio para reconocer y de valor para decir que la falta de Napoleón era política, y aconsejarle que abandonara la Alemania, cosa que daría la certidumbre de una paz inmediata y gloriosa. Por no establecer la cuestión de este modo se incurría contra Napoleón en yerro, porque verdaderamente, de querer guardar la Alemania, sólo se podía conseguir junto al Elba. Así, no atreviéndose á sostener que resueltamente convenía entrar de nuevo en la línea del Rhin, se exponían el príncipe Berthier y los mariscales Soult, Ney y Mortier á ser refutados victoriosamente: cuando en sus conferencias numerosas proponían una línea entre el Rhin y el Elba, vencíanlos Napoleón con su lógica apremiante, y guardaban silencio, si bien quedándoles siempre el convencimiento de un gran peligro, pues lo era sin duda batirse contra Europa, no junto al Rhin para la defensa legítima de

nuestro territorio, sino junto al Elba y á impulsos del designio usurpador de la dominación universal. De otro modo pasaban las cosas cuando se trataba de la cuestión esencialmente política de la paz y la guerra. Aquí Napoleón conocía harto bien su error, pues jamás le ocurría alegar una razón valedera. No decía la verdad; vagamente hablaba de sacrificios que, moderados en la apariencia por de pronto, muy luego vendrían á ser inmoderados é inadmisibles si cedía, y sin expresarlo de lleno, daba á entender que Austria se atrevía á reclamar la Italia. Entonces se acaloraba, hablaba del honor del imperio, y exclamaba que más valía perecer que sufrir tales condiciones y menos de parte de Austria, que, de darle una archiduquesa en matrimonio, después de aceptar en 1812 su alianza, se aprovechaba del primer revés para volvérselo en contra, como si semejante conducta, suponiendo que fuese cual Napoleón la describía, se debiera calificar de muy criminal en una potencia que, por largo tiempo batida y despojada de una gran parte de sus Estados, se valía de la ocasión para recuperar lo que le era posible, y sobre todo contra un conquistador sin moderación ni mesura. Ignorando sus contradictores el arcano de las negociaciones, suponiendo siempre que se trataba de sacrificios de gran monta, y superiores por tanto á los que se nos pedían de veras, concediendo que era desagradabilísimo ceder, y con especialidad á gentes que en cierto modo nos tendían un lazo, se acogían á la necesidad urgente de la paz, y aquí todas las ventajas estaban de su parte. Por apóstol constante de la paz había encontrado Napoleón á Mr. de Caulaincourt, quien le suplicaba de continuo que no se obstinase contra la tempestad, y que prescindiera de una desazón momentánea por salvar á la Francia, al ejército, á sí propio y á su hijo. Mr. de Caulaincourt era infatigable en esta valerosa y cívica empresa, y la acometía sin reposo y con admirable perseverancia.

Un grande auxilio había hallado Mr. de Caulaincourt en el duque de Otranto, Mr. Fouché, que, aun aspirando á reconquistar el favor imperial perdido, ya inspirado por su buen seso, ya también acaso por el peligro con que la caída del imperio amenazaba á todos los hombres de la revolución, no vacilaba en sostener atrevidamente que había que celebrar la paz. Según Mr. Fouché, no se trataba de averiguar de qué clase, secreto que incumbía á los plenipotenciarios encargados por Napoleón de esta tarea; pero, después de Lutzen y Bautzen, refiriéndose á cierta especie de notoriedad pública, pensando en el temor que no había cesado de imponer Francia, no ofrecía duda en su concepto que aún serían excelentes las condiciones; y si, como lo hacía presumir todo, se dilataba Francia allende el Rhin y los Alpes, se le concedía más de lo que necesitaba y de lo que apetecía. De consiguiente, salvo algunos por menores, se debía aceptar la paz con que se nos brindaba, pues se hallaba exasperada Europa, y agostada Francia empezaba á participar de la exasperación de Europa contra un sistema que no consentía más bienestar al vencedor que al vencido. En una de estas conversaciones á la cual asistían Mr. Darú, Mr. de Caulaincourt, Mr. de Basano, y hasta el mismo rey de Sajonia, se permitió decir Mr. Fouché á Napoleón que, si no daba la paz en seguida, se haría muy en breve odioso

á la Francia, y que habría peligro, no sólo respecto de su persona, sino de su hijo y de su dinastía; que se perdería, si no aprovechaba la primera coyuntura para deponer las armas; que por honor venía Francia á hacer el último esfuerzo, no queriéndose retirar batida de su gran desafío con Europa, si bien después de las victorias de Lutzen y Bautzen ya consideraba su honor bien puesto, y se daría por satisfecha con tener el Rhin y los Alpes, cuya posesión no le disputaba ya ni Inglaterra; pero que si á pesar de la posibilidad evidente de conseguir una paz de esta clase, todavía se porfiaba en seguir la guerra, se consideraría sacrificada á un sistema personal de Napoleón, sistema insensato, y que detestaba tanto como Europa, trayéndole iguales padecimientos.

Tan atrevidas proposiciones causaron á Napoleón una irritación extremada, y no supo responder más que diciendo que se ignoraba el secreto de las negociaciones; que las potencias beligerantes le pedían cosas inadmisibles; que, si las otorgaba, le creería tan debilitado la Europa que muy luego le exigiría todo lo que no podía concederse, ni aun por ninguno de sus contradictores; que, para conservar lo necesario, había que defender hasta lo superfluo, mostrándose indomable, resignándose todavía á dar una ó dos batallas, á trueque de sustentar la grandeza adquirida á costa de veinte años de derramamiento de sangre, y sabiendo arrostrar la guerra algunos días más para conseguir una paz sólida y verdadera. En suma, en esta conversación así como en cuantas se suscitaron sobre tal materia, ocultando siempre los verdaderos hechos, dejando ignorar siempre que en realidad no se trataba más que de Hamburgo y del protectorado de la Confederación del Rhin, su arte consistía en sostener ó todo ó nada; que convenía defenderlo ó abandonarlo todo, y como abandonarlo todo no quería nadie, su deducción era que todo había que defenderlo tenazmente. Sin duda la fuerza de su talento y de su lenguaje conseguía embarazar á sus interlocutores, que, ignorando el secreto de las negociaciones, no podían responderle; pero no lograba convencerlos, y les dejaba atemorizados ante la fatal resolución que ponían en claro su actitud y sus discursos. A veces admiraban su carácter indomable detestando su orgullo funesto, y se iban silenciosos, descontentos y generalmente desconsolados. Sólo uno de ellos, aparentando no parar mientes en el peligro afirmaba que el genio del emperador era inagotable en recursos, y triunfaría de todos sus enemigos, y recuperaría tan grande y más que nunca su prepotencia de 1810 y de 1811. Se adivina que este interlocutor era Mr. de Basano, menos excusable que otro alguno, pues sólo él sabía el secreto de las cosas, sólo él sabía que por Hamburgo y por el título de protector de la Confederación del Rhin se corría el peligro de perderlo todo. No obstante, para reducir á lo justo su responsabilidad, que de otro modo sería muy pesada, conviene decir que apenas influía en las resoluciones de Napoleón, poco impresionado al parecer por sus magníficos vaticinios, y que solamente lograba excitar en Mr. de Caulaincourt signos de impaciencia poco lisonsejos y poco disimulados.

No sólo en Dresde había encontrado Napoleón estas contradicciones, atenuadas á pesar de todo por la su-